

Finalmente, debemos convertirnos á Dios, no á medias, sino enteramente, y sin reserva. Hay cosas, que no son susceptibles de segregarse! Tal es la religion. La religion, como Dios, á quien simboliza en el mundo, no puede cercenarse; es la túnica sin costura: querer un poco de religion, es querer lo imposible; en esta materia, ó todo, ó nada. Concedo, que así nos volvamos á Dios; pero para dirigirnos á él, nuestros pasos son esencialmente oblicuos. De derecho, y segun los principios públicos, no siempre lo practicamos; de hecho, y segun la inspiracion privada, la sana razon, la necesidad y los hábitos precedentes, lo practicamos poco. Ved lo que se hace en nuestro siglo, y juzgad si se notan en los hombres dos movimientos contrarios, y si, por consiguiente, su modo de convertirse á Dios no es irregular. El que así se porta, tal vez nació de un padre infiel, y de una madre cristiana; pero seguramente, de un padre que no practicaba la religion, y de una madre que no ponía en práctica los principios religiosos. Durante su educacion, le enseñaron la religion; pero despues, al entrar en el mundo, vió que se predicaba el cristianismo exclusivamente en las iglesias, y que le oponían la filosofia en las regiones de la ciencia; y luego halló indiferentes en todas partes. ¿Cuál será su religion, en vista de esas perpétuas contradicciones? Será incierta. Esta es la historia de todos. ¿No he dicho con razon, que nos dirigiamos á Dios de un modo irregular? ¡Ah! hermanos míos, ¿quedaremos siempre en esta situacion equívoca? *¿Hasta cuándo, prorrumpia Elías, os asemejareis al hombre, que cojea de ambos piés? Si el Señor es Dios, seguid solo á él; si Baal es Dios, seguid solo á Baal.* Si; si tenéis fe en la filosofia, en el materialismo, en el racionalismo, poned en su trono á la diosa *Razon*; pero si, por el contrario, Jesucristo es Dios á vuestros ojos, no disputeis con el Altísimo, someteos á su ley, tal como os la presenta. Nada demos á Baal, todo á Jesucristo. Seguid todos el sendero de la verdad y de la dicha: *Jerusalem, Jerusalem convertere ad Dominum Deum tuum.*

Véase: APOSTOLADO DE LOS FIELES. — APOSTOLADO SEGLAR.

CONVERSION DIFERIDA.

Non tardes converti ac Dominum, et ne differas de die in diem.

No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un dia para otro.

(*Eccles. v, 8.*)

Aunque el negocio de nuestra conversion sea el más importante de que podamos estar encargados en la tierra; aunque sea el único que verdaderamente nos interesa, pues depende de él nuestra eterna felicidad, no obstante, ¡oh deplorable ceguedad! no hacemos caso de este negocio, y siempre le dilatamos para otro tiempo, como si el tiempo y los instantes estuvieran á nuestra disposicion. ¿Qué es lo que esperais, oyentes! Jesucristo no cesa de anunciaros por sus ministros, las desgracias que amenazan á vuestra impenitencia, y al retardo de vuestra conversion: ya ha mucho tiempo, que por nuestras bocas os está avisando, que si no haceis penitencia, todos perecereis.

Y aún no se contenta con avisaros en público por la voz de sus ministros: os habla tambien en lo íntimo de vuestros corazones, y continuamente os está diciendo en secreto: ¿no es ya tiempo de salir de la culpa en que ha tantos años que vives sepultado, cuando para salir de ella casi no te queda más remedio que un milagro? ¿No es ya tiempo de conceder la paz á tu corazon, de desterrar ese caos de pasiones, que han sido el motivo de las desgracias de tu vida, de ponerte á lo ménos algunos dias felices y tranquilos; y que ya que has vivido tantos años para un mundo, que siempre te ha dejado vacío é inquieto, vivas finalmente para un Dios, que es quien solamente puede dar la alegría y la tranquilidad á tu alma?

¿Qué respondemos á esta voz secreta, que ya ha tanto tiempo está clamando en lo íntimo de nuestros corazones? ¿Qué pretextos oponemos? Primero: que Dios no nos dá aún los auxilios necesari-

rios para salir del infeliz estado en que vivimos: segundo; que actualmente nos hallamos muy enredados en nuestras pasiones, para pensar en emprender una nueva vida. Esto es, alegamos dos pretextos para dilatar nuestra conversion: el primero, sacado de parte de Dios; el segundo, de nosotros mismos. El primero, que nos justifica, acusando á Dios de que nos falta. El segundo, que nos asegura, acusándonos á nosotros mismos de no poder aún volvernos á él. Y así, dilatamos nuestra conversion, porque creemos que nos faltan los auxilios, y que Dios no se acuerda aún de nosotros: dilatamos nuestra conversion, porque nos prometemos, que, algun dia, estaremos algo más separados del mundo y de nuestras pasiones, y más en estado de empezar una vida ejemplar y verdaderamente cristiana: dos pretextos, que se hallan siempre en la boca de los pecadores, y que intento impugnar, despues de haber implorado las auxilios de la gracia. A. M.

1. No es nuevo el que los hombres echen á Dios la culpa de sus desórdenes, y procuren hacer á su bondad y sabiduría responsables de su desordenada conducta. Puede muy bien decirse, que esta ceguedad entró en el mundo con el pecado. Esta fué la excusa que alegó el primer hombre de su delito; y en vez de aplacar con una humilde confesion de su miseria al Señor, á quien acababa de desobedecer, le acusó de que él mismo, por haberle juntado con la mujer, habia sido la causa de su desobediencia. Y esta, amados oyentes, es una ilusion comun á casi todas las almas, que viven en la culpa, y que dejan para más adelante la conversion que Dios las pide. Continuamente nos están diciendo, que la conversion no depende de nosotros; que el Señor es quien muda los corazones, y les dá la fe, y la gracia, que les falta; y así, no se contentan con irritarle, dilatando su conversion, sino que tambien le insultan, echándole la culpa de su obstinacion y de la dilacion de su penitencia. Confundamos, pues, hoy, el desórden y la impiedad de esta disposicion, y para hacer al alma pecadora más inexcusable en su impenitencia, quitémosla este pretexto.

Nos decís, pues, en primer lugar, que os convertiriais si tuvierais fe, y si estuvierais bien persuadidos de la verdad de la religion; pero, que la fe es un don de Dios, que de él solo le esperais; y que luego que os le dé, os costará poco trabajo el determinaros á empezar esta grande obra. Pero, os pregunto, ¿cómo habeis perdido esta fe tan preciosa? En el bautismo la recibisteis; conservóse en vuestro corazon por medio de una educacion cristiana; creció con vosotros. ¿Qué habeis, pues, hecho de este don de Dios? ¿Quién ha borrado de vuestra frente esta señal de eterna eleccion? ¿No son esas tinieblas

en que os hallais, un justo castigo del desórden de vuestras pasiones? Pues ¿por qué os quejais á Dios del mal uso que habeis hecho de sus auxilios? El es quien os habia de pedir su propio don; quien os habia de hacer dar cuenta del talento que os entregó; quien os habia de decir: siervo ingrato é infiel, ¿qué hice yo por otros, que no hiciese por tí? Ennoblecí tu alma con el don de la fe, y con el carácter propio de mis hijos; tú arrojaste esta preciosa margarita á los animales inmundos: bien sabes cuanto te ha costado el sacudir el yugo de la fe, y llegar al estado en que te hallas; y ese terrible estado, que es el más justo castigo de tus culpas, ¿quieres que hoy te sirva de excusa? ¿Y dices, que la falta de fe no es culpa tuya, porque no depende del hombre, cuando te costó tanto trabajo el arrancarla de tu alma?

Dejad, pues, hermanos míos, de engañaros á vosotros mismos, y de esperar lo que ya poseeis. ¡Ah! no os falta la fe, lo que sí os falta, es la voluntad de cumplir con las obligaciones que os impone: vuestras pasiones, y no vuestras dudas, son las que os detienen: no os conoceis. Hallais utilidad en persuadiros, que os falta la fe, porque este pretexto, que oponéis á la gracia, es de ménos sonrojo para el amor propio, que el de los abominables vicios que os detienen. Pero mirad la raiz; vuestras dudas nacen de vuestros desórdenes. Arreglad vuestras costumbres; y cuanto os ofrezca la fe, será cierto, y os servirá de consuelo. Sed castos, honestos y moderados, y yo os respondo de la fe, que os parece haber perdido. Vivid bien, y os costará poquisimo el creer.

Pero direis, acaso: Dios solo es quien muda los corazones; y este es el segundo pretexto de los pecadores, que dilatan la conversion. Digo, pues, que este pretexto tan vulgar, y tan repetido en el mundo, que se halla en boca de casi todos los que viven en la culpa, si consideramos al pecador que le alega, es injusto; si atendemos á Dios, de quien se queja, es temerario é ingrato; y si le examinamos en sí mismo, es ridiculo é improbable.

Primeramente, es injusto, si consideramos al pecador que le alega: os quejais de que Dios aún no os ha movido, que no sentís gusto alguno en la devocion, y que es necesario esperar que éste venga para mudar de vida. Pero estando, como estais, llenos de pasiones, ¿es razon, que espereis, ó pidais, que Dios os haga experimentar un gran gusto en la piedad? ¿Quereis que vuestro corazon, entregado aún al desórden, experimente las suaves dulzuras y los castos atractivos de la virtud? Os pareceis á un hombre, que sustentándose solamente con hiel y ajenos, se quejase de que todos los alimentos le

parecian amargos. Decís, que Dios es quien debe daros gusto para servirle, si quiere que le sirvais, cuando, al mismo tiempo, estais continuamente estragando vuestro corazon con indignos excesos. ¡Hombre ingrato! ¿piensas, acaso, justificarte, acusando á la sabiduría y justicia de Dios!

Mas; aún cuando Dios produjese en vuestro corazon este gusto, y estos deseos de salud, que deseais; viviendo como vivís, en la corrupcion y en la disolucion, ¿cómo habeis de sentir la obra de la gracia? Aún cuando os llamára ¿cómo le habiais de oír, estando como estais, distraidos con los placeres de una vida mundana? Aún cuando os moviera, ¿qué resultas habia de tener este movimiento en orden á vuestra conversion, cuando inmediatamente le apagara el ardor y el exceso de vuestras profanas pasiones? La verdad es, ¡oh fieles! que Dios, lleno de longanimidad y paciencia, mueve aún vuestros corazones, y derrama en vuestro interior las riquezas de su bondad y de su misericordia; que su gracia no os falta: pero que vosotros la recibís en un corazon tan lleno de corrupcion y de miseria, que, por decirlo así, no hace efecto en él, ni le mueve.

Entrad dentro de vosotros mismos, amados oyentes míos, y conoced la injusticia de vuestros pretextos. Os quejais de que Dios os falta, y de que esperais su gracia para convertirlos; pero ¿acaso puede haber pecador, en cuya boca sea esta queja más injusta, que en la vuestra? Un Dios justo y misericordioso os insta, y os sigue por todas partes desde que le abandonasteis: en este mismo instante en que os estoy hablando, está obrando en vuestro interior. ¿Qué es vuestra vida, sino un eslabonado de gracias? ¿Qué sois vosotros, sino unos hijos de dileccion y la obra de las misericordias del Señor? ¡Oh injustos! Os quejais de que os falta la gracia, cuando el Señor ha estado llamando continuamente á las puertas de vuestro corazon.

Pero, si el pretexto de la falta de la gracia es injusto, de parte del pecador que le alega, no es ménos temerario é ingrato respecto de Dios, de quien se queja. Porque, decís, Dios es el dueño absoluto, y cuando quiera, sabrá encontrarnos; esto es, que vosotros no teneis que hacer otra cosa que dejarle obrar, y que sin que tengais vosotros cuidado alguno de vuestra salvacion, cuando él quisiere, sabrá mudar vuestro corazon. Es decir, que vosotros no teneis que hacer mas, que pasar alegremente vuestra vida en deleites y culpás, y que sin tomaros cuidado alguno, y hasta sin pensar en ello, sin poner de vuestra parte otra disposicion para la conversion que esperais, mas que una vida llena de desórdenes y continuas resistencias á su gracia, él sabrá, cuando sea tiempo, de llamaros para sí; es decir, que

vuestra salvacion no es negocio vuestro, y que el Señor os ha dispensado absolutamente de él, por tomarle á su cargo.

Pues tened entendido, que cuanto mas diferis la conversion, Dios se aleja más de vosotros. San Agustin, en el tiempo de sus tibios deseos de conversion, ¿se quejaba acaso del Señor en la dilacion de su penitencia? Nó, por cierto. No buscaba la razon en otra parte mas que en su flaqueza, y en el desórden de su corazon: hallábame, dice él mismo, con un corazon enfermo, y lleno de remordimientos; acusábame á mí solo de mis desgracias, y de la dilacion que yo oponia á una nueva vida: *Sic ægrotabam, et excruciar, accusans me metipsum*. CONFES., LIB. VIII, CAP. 11, N. 25. Daba vueltas dentro de mis propias cadenas, sin hacer esfuerzo alguno, como si ellas hubieran de romperse por sí mismas: *Volvens, ac versans me in vinculo meo, donec abrumperetur totum*. Pero vos, Señor, no cesabais de castigar mi corazon con secretas amarguras, obrando en él continuamente con una misericordiosa severidad, remordimientos penetrantes, que turbaban toda la dulzura de mi vida: *Et instabas tu in occultis meis, Domine, severa misericordia flagella ingeminans timoris, et pudoris*. CONFES., LIB. VIII, CAP. 11, N. 26. Con todo eso, las diversiones del mundo, que siempre habia amado, y aún amaba, me detenian: *Retinebant me nugæ nugarum antiquæ amicæ meæ*: y me decian en secreto: ¿es posible, que hayas de renunciar á nuestros deleites? *Dimittis ne nos?* ¿Te parece, que podrás sufrir la molestia de una vida distinta de la que has llevado hasta aqui? *Putas ne sine istis vivere poteris?* Este pecador, medio movido á su conversion, hallaba las razones de su dilacion y resistencia en el temor de renunciar á sus pasiones, y de no poder sufrir una nueva vida; y este es el verdadero estado en que vosotros os hallais, y lo que os decís todos los dias á vosotros mismos.

Tales son los pretextos, que el pecador, que difiere su conversion, opone por parte de Dios. Veamos ahora los que alega por parte de sí mismo.

2. Extraordinaria cosa es, hermanos míos, que siendo la vida tan breve, tan incierto el tiempo de la muerte, tan preciosos los instantes, tan raras las conversiones, tan frecuentes los ejemplos de los que mueren arrebatadamente, y tan terrible la memoria de lo porvenir, podamos formarnos á nosotros mismos, tantos y tan frívolos pretextos para dilatar la mudanza de nuestra vida. En los demás peligros, que amenazan á nuestra vida, á nuestra honra, ó á nuestra fortuna, usamos de precauciones prontas y aceleradas, aún cuando sea dudoso el peligro; y en este asunto, en que el peligro es cierto, y

presente, las precauciones siempre son inciertas y distantes. Todos miran como la mayor de las desgracias, el morir en este triste estado; y no obstante, todos dilatan el salir de él, alegando pueriles pretextos, que apenas son dignos de refutarse. El primero es *la edad*. Queremos dejar pasar los años de la juventud, á la que parece no conviene un partido tan prudente, como es el de la piedad. Esperamos cierta estacion de la vida, en la que marchitada la primera flor de la edad, siendo ya más serias las costumbres, más exacta la honestidad, no mirándonos el mundo con tanta atencion, estando el espíritu más maduro, y más en estado de sostener esta grande empresa; nos prometemos trabajar en ella, sin que entónces pueda haber cosa que nos distraiga. Pero, es una cosa muy natural preguntarnos; ¿quién os ha dicho, que llegareis al término que os habeis propuesto, que no os cogera la muerte en medio de estos años, que habeis destinado aún al mundo y á las pasiones? ¿Es por ventura la juventud alguna seguridad contra la muerte? ¡Oh insensatos! acaso mañana os pedirán cuenta de vuestra alma: ¿y de qué os servirán entónces estos proyectos de conversion, que formais para en adelante?

Pero demos caso, que la muerte no os sobrecoja; os pregunto, ¿en qué fundais, que la edad mudará vuestro corazon, y formará en vosotros las disposiciones, que hoy no teneis para una nueva vida? ¿Mudó acaso la edad el corazon de Salomon? ¡Ah! entónces fué cuando sus disoluciones llegaron al más alto punto, sin conocer límites su vergonzosa fragilidad. ¿Dispuso por ventura la edad á Saul para su conversion? ¡Ah! entónces añadió este monarca á sus pasados desórdenes la supersticion, la impiedad, la dureza y la desesperacion. ¿Puso remedio la edad á los desórdenes de Jezabel, y de la incestuosa Herodias? Entónces se manifestaron más ambiciosas, más lascivas, más cuidadosas de agradar que nunca. Examinad lo que todos los dias pasa á vuestra vista: veis, que todas las almas que han envejecido en el mundo, y las que sólamente la edad ha retirado de los placeres, conservan el mismo amor al mundo, las mismas inclinaciones, la misma ansia por los deleites, y un corazon, aún joven, en un cuerpo mudado y deshecho. La edad, hasta ahora, á ninguno ha convertido.

Pero, aún cuando no fuera de temer esta desgracia, ¿el Señor no es por ventura el Dios de todos los tiempos, y de todas las edades? ¿Hay, acaso, dia alguno, que no sea suyo, ó que nos le haya destinado para el mundo, y para la vanidad? ¿No es celoso aún de las primicias de nuestro corazon, y de nuestra vida, figuradas en los primeros frutos de la tierra, que mandaba la ley ofrecerle! Pues,

¿por qué le habeis de usurpar la parte mas hermosa de vuestra vida, por consagrarla al demonio y á sus obras? ¿Os parece demasiado larga la vida, para emplearla toda entera en honra del Señor, que nos la dió, y que nos promete otra inmortal? ¿Os parece demasiado preciosa la primera edad, para consagrarla á merecer la posesion eterna del Sér soberano? ¿Luego, no le reservais más que los desperdicios de vuestras pasiones y de vuestra vida? Que es como decirle: Señor, miéntras yo pueda servir al mundo, y á sus deleites, no esperéis que me vuelva á vos, ni que os busque; miéntras el mundo me quiera á mí, no podré resolverme á quererlos á vos; cuando empiece á olvidarme el mundo, y huya de mí, cuando yo ya no le pueda gozar, entónces me volveré á vos.

¡Oh alma indigna de confesar jamás las misericordias de un Dios á quien tanto ultrajas! ¿crees que entónces aceptará el Señor unos homenajes tan forzados y tan vergonzosos á su gloria, no teniendo, como no tiene, necesidad del hombre, y haciéndole como le hace mucha gracia, aún cuando acepta sus más puros votos y sus más sinceros rendimientos?

Hermanos míos, en la edad avanzada, no se recoge sino lo que se ha sembrado en los primeros años de la vida; si sembrais en la corrupcion, segareis en la corrupcion.

Direis, tal vez, que es felicidad el haberse entregado á Dios desde el principio, y el haberse podido preservar de todos los inconvenientes de la edad y de los deleites; pero no estamos ya en este caso; hemos seguido el camino ordinario, nos hemos dejado arrebatar del torrente del mundo y de las pasiones; actualmente, nos hallamos en los lazos más estrechos, y no está en nuestra mano el romperlos; esperamos una situacion más favorable, y nos prometemos, que apagada la pasion que nos cautiva, no nos meteremos en nuevas cadenas, y nos dedicaremos con seriedad á nuestra obligacion y á la virtud, que es el segundo pretexto: *las pasiones y los empeños de que aún no podemos salir*. Pero, primeramente: ¿estais bien seguros de que llegará este tiempo más favorable, que esperais para convertirnos á Dios? ¿Quién os ha revelado el curso y duracion de las pasiones, que actualmente os cautivan? ¿Sabeis cuando se acabarán? ¿Podreis asegurar, que han de acabarse? ¿Sabeis, que será ántes de que acabeis vosotros mismos?

Pero, aún cuando no llegaran vuestras pasiones hasta esta última hora, cuanto más diferís la conversion, más profundas raíces echais en la culpa; vuestras cadenas forman nuevos eslabones con que aprisionan el corazon; el fermento de la corrupcion, que abrigais dentro

de vosotros mismos se dilata, se extiende, indispone y corrompe toda la capacidad de vuestra alma. ¡Qué locura, pues, el dejar envejecer y corromper las heridas, con el pretexto de que se curarán más fácilmente! ¿Qué es, pues, lo que haceis, difiriendo la conversion, sino hacer más incurables vuestros males, y quitar á la esperanza de vuestra conversion todos los remedios, que aún la podian quedar?

¿Acaso fiáis, en que no son eternas las pasiones, y que el tiempo y el disgusto os han de despertar tarde ó temprano? A esto os respondo, que aunque es verdad, que podreis cansaros de los objetos que hoy os cautivan, no por eso se acabarán vuestras pasiones: bien podreis formaros nuevos lazos, pero no os formareis un nuevo corazón: confieso que no son eternas las pasiones, pero casi siempre lo son la corrupcion y el desórden.

Amados oyentes, convertíos al Señor; trabajad sinceramente en vuestra conversion. El hombre á quien la borrascas arroja al medio del mar, que está expuesto al furor de las olas, y amenazado de triste naufragio, hace los mayores esfuerzos, combate contra el peligro, va hasta donde alcanza el último instante de su fuerza, y no se deja sumergir, hasta que, vencido de la violencia de las olas, se ve obligado á ceder á la desgracia de su suerte. Vosotros pereceis, hermanos míos, las ondas os vencen, la corriente os arrebató; haced, pues, poderosos esfuerzos para libertaros del peligro. Pedid al Señor las gracias que necesitáis; y si alguna vez vuestra flaqueza se cansa con las dificultades de la virtud, decidle con fervor: Dios mío, no permitáis, que yo vuelva atrás: fijad mis inconstancias. Compadeceos, Señor, de mi peligroso estado. Mientras que yo experimente en mí las inspiraciones de vuestra santa gracia, no dejaré de hacer esfuerzos para volver á entrar en vuestros caminos; y si me he de perder, prefiero perecer, haciendo esfuerzos para volverme á vos, ¡oh Dios mío! que nunca permitís que perezca el alma, que con sinceridad os busca, y que sois el solo Señor digno de ser servido; que buscar una terrible tranquilidad en la obstinacion declarada, ni renunciar á la esperanza de los bienes eternos que preparais á los que os aman, y que os deseo á todos.

DIVISIONES.

CONVERSION.—La alegría que nuestra conversion causa á los Angeles, es un motivo para que la apresuremos.

Lo mucho que nuestra conversion cuesta á Jesucristo, es un motivo para que nos esmeremos en conservar la gracia.

CONVERSION.—Los Angeles desean nuestra conversion, porque nos obliga á llevar una vida espiritual.

Los Angeles oran por nuestra conversion, porque es obra de Dios hecho hombre.

Los Angeles trabajan en nuestra conversion, porque nos ponen en estado de ser sus compañeros en la gloria eterna.

CONVERSION APLAZADA.—Cuanto más se difiere la conversion, más obstinado se vuelve el pecador.

El diferir la conversion, hace necesario, en cierto modo, el pecado.

El diferir la conversion, hace el pecado merecedor de mayor castigo.

CONVERSION APLAZADA.—Cuando se difiere la conversion, se abusa de la paciencia de Dios.

Cuando se difiere la conversion, se peca contra la Providencia, que nos la facilita.

Cuando se difiere la conversion, se menosprecia el amor de Dios, que desea una reconciliacion pronta.

CONVERSION DIFICIL.—Lo más difícil en todas las conversiones, es el cambio del corazón.

Lo más difícil en las conversiones, aún en las más fáciles, es el cambio de conducta.

Lo más difícil en las conversiones más difíciles, es el cambio de estado.

CONVERSION DIFICIL.—Es difícil convertir á los hombres, cuando para su conversion se requiere, que se conviertan los que deben trabajar en convertirlos.

Es difícil convertir á los hombres, cuando para su conversion se requiere, que se retraigan de ciertas personas, de las cuales no quieren retraerse.

CONVERSION FACILITADA.—Debemos creer, que Dios quiere facilitar nuestra conversion, cuando nos hace reflexionar sobre las desgracias á que nos arrastra el pecado.

Debemos creer, que Dios quiere facilitar nuestra conversion,

cuando nos inspira serias reflexiones sobre las amenazas que nos hace la divina justicia.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ suæ, et cum eo in pulvere dormient. JOB. XX, 11.

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra. PSALM. LXLIV, 8.

Vocavi, et renuistis... despectistis omne consilium meum, et increpationes meas neglexistis. Ego quoque in interitu vestro ridebo, et subsannabo, cum vobis, id quod timebatis, advenerit. PROV. I, 24, 25 ET 26.

Tunc invocabunt me, et non exaudiam; mane consurgent, et non invenient me: eo quod exosam habuerint disciplinam, et timorem Domini non susceperint, nec acquieverint consilio meo. IDEM, IBID. 28, 29, 30.

Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea. IDEM. XXII, 6.

Non impieagas multum, et noli esse stultus; ne moriaris in tempore non tuo. ECCLES. VII, 18.

Ne adjicias peccatum super peccatum. Et ne dicas: miseratio Domini magna est, multitudinis

Sus huesos estarán impregnados de los vicios de su mocedad; los cuales yacerán con él en el polvo del sepulcro.

Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones.

Estuve yo llamando, y vosotros no respondisteis... menospreciasteis todos mis consejos, y ningun caso hicisteis de mis reprensiones. Yo también miraré con risa vuestra perdición, y me mofaré de vosotros, cuando os sobrevenga lo que temiais.

Entonces me invocarán los impíos, y no los oiré; madrugarán á buscarme, y no me hallarán; en pena de haber aborrecido la instrucción y abandonado el temor de Dios, desatendiendo mis consejos.

La senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo.

No multipliques pecados sobre pecados, ni quieras ser insensato, difiriendo la conversión, no sea que te coja la muerte antes de tiempo.

No añadas pecados á pecados, y no digas: ¡Oh, la misericordia del Señor es grande! él me per-

peccatorum miserebitur. Misericordia enim et ira ab illo cito proximant, et in peccatores respicit ira illius. ECLI. V, 5, 6, 7.

Non tardes converti ad Dominum, et ne differas de die in diem: subito enim veniet ira illius, et in tempore vindictæ disperdet te. IDEM, IBID. 8, 9.

Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis. LUC. XIII, 5.

Queretis me, et non invenietis... et in peccato vestro moriemini. JOAN. VII, 36, ET 8, 21.

Ignoras quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit? Secundum duritiam suam et impœnitens cor, thesaurizas tibi iram in die iræ. ROM. II, 4, 5.

donará mis muchos pecados; porque tan pronto como ejerce su misericordia, ejerce su indignación, y con esta tiene fijos sus ojos sobre el pecador.

No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un día para otro; porque de repente viene su ira, y en el día de la venganza acabará contigo.

Si vosotros no hicieris penitencia, todos pereceréis igualmente.

Me buscareis y no me hallareis... y vendreis á morir en vuestro pecado.

¿No reparas, que la bondad de Dios te está llamando á la penitencia? Tú, al contrario, con tu dureza y corazón impenitente, vas atesorándote ira y mas ira para el día de la venganza.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

El modelo más perfecto de una conversión pronta y sincera, que nos presenta la sagrada Escritura, es el rey David. Despues de haber pasado cerca de un año aletargado en su doble crimen, apenas el profeta Natan, con su discreta parábola, le presentó toda la deformidad de su culpa, abriendo su corazón al arrepentimiento, exclamó: *Peccavi Domino*: palabras que revelan la amargura y el dolor, con los cuales consiguió la misericordia de Dios. II REG. XII.

En el rey Manasés, se ve claramente confirmada la protesta, que hace Dios por sus profetas, de que no quiere la muerte eterna del pecador, sino que se convierta y viva feliz. Este rey fué uno de los más impíos, que empuñaron el cetro de Judá. No contento de erigir altares á los ídolos, de rodearse de mágicos y adivinos, y de hacer prevaricar á todo el pueblo, profanó el templo santo, introduciendo en él todas sus falsas divinidades. Por sus impiedades, fué abandonado de Dios, y entregado cautivo y cargado de cadenas al rey de Babilonia. A pesar de todo esto, en medio de su desgracia, clamó al Se-

ñor de todo corazón, y fué oído, y quedó libre de su vergonzoso cautiverio. II PARALIP. XXXIII.

La conversión aplaca la ira del Señor y detiene el castigo. Así se vió en los Ninivitas, cuyo castigo estaba ya resuelto, aunque condicionalmente, en los decretos divinos; pero cedieron á la predicación del profeta Jonás, hicieron verdadera penitencia, y lograron apartar la ira divina, que iba á acabar con ellos. JON. E. III.

En el capítulo VII del Evangelio de San Lucas, leemos la conversión de la Magdalena, conversión pronta, noble y sincera, que mereció el más generoso y completo perdón por parte de Jesucristo.

Véase la historia de Zaqueo, cuya conversión fué efecto de la visita del Salvador. LUC. XIX.

Téngase presente el ejemplo de San Pedro, á quien bastó una mirada amorosa de su Maestro para mover su corazón infiel, y abrir sus ojos á las lágrimas de una verdadera penitencia.

La conversión del Buen Ladrón, nos dá también una idea exacta, tanto de la grandeza de la divina misericordia, como de la prontitud y docilidad con que aquel pecador cedió á la fuerza de la gracia: LUC. XXIII; y la de San Pablo nos revela la grandeza del poder de Dios, que aún de las piedras, hace salir verdaderos hijos de Abraham.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Seria pœnitentia nunquam serâ: semper ad indulgentiam Dei aditus patet, etiam sub ipsa morte, nonnumquam ad immortalitatem transitur. S. CYPRIAN. AD DEMETR.

Nos peccata velociter quidem promptoque animo committimus, pigre vero postmodum ac sero pœnitentiam agimus. SAN BASIL. HOM. 8 IN DIVIT. AVAR.

Aliqui, proposita spe pœnitentiæ, licentiam sibi delinquendi propagatam putant; cum pœnitentia peccandi remedium sit, non peccandi incentivum. SAN AMBR. DE POENIT. IX.

Noii tardare converti ad

Para la verdadera conversión nunca es tarde, porque siempre están abiertas las puertas de la misericordia divina, y no es imposible alcanzar la salvación en la hora de la muerte.

Nosotros somos muy prontos y decididos á cometer el pecado, pero después somos muy tardíos y perezosos para borrarlo con la penitencia.

Algunos, con la esperanza de hacer penitencia después, se creen con facultades para pecar; pero sepan, que la penitencia ha de ser un remedio, no un incentivo para pecar.

No tardes en convertirte á Dios,

Deum, nescis enim quid pariet superventura dies. SAN CHRISOST. EPIST. AD THEODOR.

Multis, inquis, dedit Deus privilegium ut in ultima senectute converterentur. Quid agitur? Numquid et tibi dabit? Fortasse dabit, inquis. Cur dicis fortasse? Contigit aliquando. Sed cogita quod de anima deliberas. IDEM, HOM. XXII, IN CORINTH.

Latro ille, qui pendebat in cruce, non equit prolixitate temporis, ut ingressum paradisi mereretur. ID. DE REPARAT. LAPS.

Pœnitentia aboleri peccata indubitanter credimus, etiam in ultimo vite spiritus, si admissorum pœniteat. SAN AUGUST. DE ECCLES. DOGM. XLVIII.

Pœnitentia, quæ ab infirmo petitur, infirma est. Pœnitentia, quæ à moriente tantum petitur, timeone et ipsa moriatur. IDEM SERM.

Deus pœnitentiæ tuæ indulgentiam promisit, sed huic dilationi tuæ diem crastinum non promisit. IDEM IN PSALM. CXIV.

Satis est à fide alienus, qui ad agenda pœnitentiam tempus senectutis expectat. IDEM SERM. IV, INTER COMMUN.

Qui pœnitenti veniam sponndit, peccanti diem crastinum non promisit. SAN GREGOR. HOM. XII, IN EVANG.

Qui male vivit, et in morte pœnitentiam agit, sicut damnatio illius est incerta, ita et remissio illius dubia: qui ergo securus cu-

pues ignoras cuál será tu sentencia en el día del juicio.

Es cierto, que Dios ha dispensado á muchos la gracia de convertirse en su edad decrepita. Pero, ¿qué quieres decir con esto? ¿Qué lo mismo hará contigo? Es muy posible; pero advierte, que juegas con la suerte eterna de tu alma.

El ladrón clavado en cruz, para entrar en la gloria, no tuvo necesidad de hacer una larga penitencia.

Creemos firmemente, que los pecados, hasta el último momento de la vida, se perdonan con la penitencia, si se tiene de ellos un verdadero arrepentimiento.

La penitencia, que desea hacer el pecador enfermo, también es enferma; y temo, que sea moribunda ó inútil, la que pide ó desea un pecador moribundo.

Dios te ha prometido el perdón si te conviertes; pero, no te ha prometido el tiempo si diferes la conversión.

El que aguarda la vejez para hacer penitencia, manifiesta, que tiene muy poca fe.

Dios, que ha prometido el perdón al que se convierta, no ha prometido al pecador, ni siquiera un día más de vida.

El que ha vivido mal, y aguarda á hacer penitencia en la hora de la muerte, es dudoso que sea perdonado, aunque es incierto que